

## VIRGEN DE LA ALEGRÍA

Queridos diocesanos:

Cuando comienza el mes de mayo, nuestra mirada se dirige casi espontáneamente a María, la madre de nuestro Señor. Mayo es también el mes que celebramos a nuestra patrona, la Virgen del Montetoro, aunque este año no podremos subir a su Santuario como solemos hacer cuando llega su fiesta, para agradecerle todo su amor y ternura materna, pero sí podemos invocarla y manifestarle nuestro amor desde lo más profundo de nuestro corazón.

El tiempo de Pascua que estamos viviendo nos convida a contemplar a María como mujer inundada por la alegría ante la noticia de que Jesús está vivo. En una oración de la Misa se dice que el Padre colmó de alegría el corazón de la Virgen premiando de esta manera su fe: “ella había concebido al Hijo creyendo y creyendo esperó su resurrección” (Prefacio Misa Virgen Pascua). María cruzó, desde luego, en soledad la noche del sábado y sufrió ante la muerte de su Hijo, pero mantuvo siempre la esperanza: “fuerte en la fe, contempló el día de la luz y de la vida”. Por eso, cuando aconteció la resurrección, su corazón quedó lleno de una alegría indescriptible, al reconocer que su Hijo, su Maestro, su Amado, estaba vivo.

Esta alegría de María no es superficial, sino honda y agradecida. Es una alegría del espíritu, que se mantiene, aun cuando las circunstancias sean adversas. Mirando a María aprendemos a discernir cuáles son los gozos auténticos, que llenan el corazón del hombre, y qué alegrías son superficiales y pasajeras, pues nunca acaban de saciarnos. La experiencia de confinamiento nos ayuda también a discernir qué valores son los que permanecen y duran para siempre. Nosotros no aspiramos a un consuelo temporal, sino a los gozos eternos, a ser felices para siempre. La fe en el Resucitado nos lleva, como a María, a desear las alegrías que no se acaban, a aspirar a los bienes de arriba, donde está Cristo (cf. Col 3, 1).

Esta alegría profunda del espíritu nos ayuda a afrontar las dificultades y esfuerzos con optimismo, con la certeza de que la soledad, el sufrimiento o el dolor no tienen la última palabra. Como tampoco la tienen la guerra, el odio, la injusticia ni esta pandemia que nos ha invadido. La última palabra la tiene la vida, el amor, la esperanza. Aun en medio del dolor por tanto sufrimiento y del luto por cada uno de los que nos han dejado, podemos unirnos a María y sentir su alegría porque Cristo vive y esto significa que ningún esfuerzo, ningún acto de amor y de entrega es en vano. La Pascua de Jesús nos dice que todo el bien que hagamos quedará para siempre, no se desvanece, sino que se proyecta hasta la eternidad.